

famoso Toledo en íntimas relaciones con el virey de Nápoles, sobrino suyo, y con los embajadores de D. Felipe en la Ciudad Eterna ¹.

III.

MÁS SOBRE LO MISMO.

Téngase muy en cuenta que cuanto voy señalando sobre la piedad y vida ejemplar de D. Felipe, no son invenciones mías, sino que escritores reputadísimos de aquellos tiempos le aclamaron á voces Rey Católico por excelencia; y cuádrale título tan honroso, según ellos, con mayor fundamento quizá que á todos sus predecesores. Y esto por haber sabido como ninguno de estos defender, propagar y acrecentar la fe de Cristo. Porque, merced á su celo y piedad ardiente, como expone el sabio minorita, autor de la *Apología de nuestros mayores*, pueblos numerosísimos y naciones bárbaras é idólatras en las regiones vastísimas de la India Occidental doblaron el cuello al yugo de la verdad evangélica, que hoy profesan con firmeza invencible y santa. Porque la historia enseña claro que el Rey Prudente em-

¹ Véase la *Crónica ó Historia general de Sto. Domingo y de su Orden*, por D. Fr. Juan López, obispo de Monópoli, Parte 4.^a, año 1557, página 366. «A los cinco de Febrero se concertaron entre Francia y España treguas por espacio de cinco años con esperanza que la concordia sería muy larga por estar ya los unos y los otros muy cansados y gastados; pero todo esto se desbarató por la guerra que el Pontífice Romano movió muy fuera de tiempo. Fué así que al principio deste año comenzó á perseguir los señores de casa Colona; prendió unos, otros huyeron. de cuyos estados se apoderó luego el Papa. El Rey católico mandó al Duque de Alba no permitiese se les hiciese agravio.... Entretanto el Duque de Alba, después que se hubo apoderado de casi todo el estado del Papa cerca de Roma, llegó con su campo á ponerse sobre aquella ciudad. Pudiérala saquear otra vez con mucha facilidad, pero fué tanta su devoción y miramiento, que no lo quiso hacer; ántes se concertó é hizo paz con el Pontífice con condiciones muy honestas.» Mariana: *Hist. de España*, tom. 2.^o, 683.

pleó sus inmensas fuerzas y riqueza en propagar la religión cristiana; porque puso diques y antemurales formidables á la prepotencia de los turcos, á las asechanzas é intentos intolerantes y cruelísimos del fanatismo de los herejes, y, finalmente, porque obtuvo grandes y honrosísimas victorias contra los enemigos del nombre de Cristo ¹. Cosa difícil y demasiado larga sería poner ahora delante de los ojos los innumerables elogios que los dichos historiadores dejaron escritos á la posteridad acerca de la piedad y devoción del Rey Católico. Y hablando señaladamente de los monumentos religiosos que levantó á Dios en todos sus vastos y dilatados reinos, y en particular describiendo el famoso Monasterio de San Lorenzo en el Escorial, no se cansan de apellidarle Monarca devotísimo, verdaderamente español, católico y muy cristiano. Y aseguran que aquella fábrica suntuosa y celebérrima, que mereció el nombre antonomástico de *Octava Maravilla del mundo*, es casa de religión sin igual, digna de la grandeza y magnanimidad de su augusto fundador; riquísima en ornamentos, reliquias, pinturas y mil otras cosas singulares y notables que inspiran y predicán la piedad del Monarca, el saber científico y el emporio de las artes en aquel siglo de nuestros grandes poetas,

¹ «Tu, Philippe rex, tu inquam catholice rex, qui haereditario iure catholici nomen à maioribus acceptum, ita operibus sustinuisti catholicam fidem propugnando, promovendo, propagando, augendo, ut non sit neque fuerit aliquando rex aliquis christianus, cui iustius tam honorífica denominatio debeatur. Per te enim innumeri populi, barbarae nationes et idolatrae in vastissimis illis Indiae occidentalis regnis suavi Christi iugo colla submisere, atque in regnum eius asciti catholicam fidem constanter palamque hodie profitentur. Tu immensas tuas opes et vires omnes in propugnanda catholica fide semper expendisti; tu Remp. Christianam cum adversus immanem turcarum vim ac potentiam, tum adversus fraudulentos haereticorum conatus insidiasque saevitiae crudelitatisque plenissimas, non solum armis tuis hactenus copiisque textisti, verum etiam hodie ita protegis atque defendis, ut inter arma circumsonantia diu multumque vexata et exagitata sub tuis signis acquiescere, et ut ita dixerim, respirare videatur.» *Apologiae Fidei maiorum nostrorum liber*; reverendiss. patre fratre Christophoro à capite Fontium Ordinis fratrum Minorum generali ministro auctore; à Fr. Ioanne Dublioul Guardiano Bruxellensi latinitate donatus: Antuerpiae, 1576. En la dedicatoria á Felipe II.

literatos, guerreros y conquistadores. Y eso que como dicen Forneron y otros enemigos del Rey Prudente, se hallaba el Santo Oficio «puesto al servicio del poder real»¹. La descripción del cenobio escurialense que va por apéndice al fin de este libro basta ella sola para formar idea del amor del Rey á Dios, á las ciencias y á la patria.

Y todavía repiten los susodichos escritores y testigos de vista que D. Felipe II tuvo singular complacencia en ofrecerse de palabra y de obra, durante toda la vida, al servicio de nuestra Santa Madre la Iglesia. Y aciertan al decir que, siendo Rey tan poderoso, lo fué más aún y más grande convirtiéndose en amador entusiasta de la religión, colmándola de riquezas y defendiéndola con celo igual al de San Hermenegildo, San Fernando, San Eduardo, San Luis y otros Reyes que veneramos en los altares de nuestros templos. Por espacio de cuarenta y dos años pusieron su confianza y apoyo en la espada formidable de tan devoto Monarca los Obispos de Roma y del universo mundo católico². De suerte que le concedió el Rey de los Reyes

¹ «Concluyóse este año (1589) la fábrica y edificio de San Lorenzo el Real, que dezimos del Escorial, por la diligencia, cuidado y devoción del christianísimo Rey D. Felipe II; obra que se iguala con los antiguos milagros y edificios grandiosos del mundo. Es tenida por la otava maravilla dél; su grandeza, ornamentos, reliquias, rentas para el sustento de religiosos de San Gerónimo, Colegiales y otros aderezos para el culto divino son tan grandes, que no se halla en el mundo Casa de religiosos que se iguale ni pueda con esta compararse. En ella están sepultados los cuerpos del Rey Católico, su fundador, su padre y abuelo, mujeres, hijos y nietos deste devotísimo y Católico Rey.» Fr. Fernando de Camargo y Salgado, en su *Cronología Sacra*, folios 316 y 317: Madrid, 1641. Y sin embargo, Forneron en su liberal y progresista *Historia de Felipe II*, página 62, traducción española ilustrada de Barcelona, 1884, fundándose en la autoridad desprestigiada del sectario Llorente y en recortes de los *Documentos inéditos*, pinta al Tribunal Santo y á Don Felipe II como enemigos de Roma, del Concilio de Trento y del clero de las catedrales. Pintar como querer.

² «Procuró toda su vida servir á su Madre la Iglesia; y así fué que la sirvió de ayo, trayéndola en sus brazos, regalándola, defendiéndola, amparándola, y siendo en todas ocurrencias su protector, imitando..... á los Hermenegildos y Fernandos de España, Eduardos de Inglaterra, Luises de Francia.....» Porreño, cap. XIII, pág. 204.

renombre tan preclaro y grande, que llegó á ser la admiración del Oriente y Occidente. Y es todo esto gran verdad; porque con sólo oír pronunciar la voz «Felipe II» temblaron en su tiempo las gentes sectarias y la pravedad heretical, y aún hoy mismo le maldicen y blasfeman los hombres de la revolución y del cisma. Así se comprende cómo aquel ilustre autor y apologista de la fe arriba citado, el Padre M. Cristóforo Cheffontain, pudo exclamar de esta manera: «¿Qué podré yo decir de la religión, piedad y demás virtudes con que tú ¡oh Felipe! has honrado y embellecido tu nombre de Católico? Quisiera, según mis deseos, extenderme en elogiar tus glorias; mas no lo consiente la brevedad epistolar, y menos tu modestia cristiana, que sabe tornar á Dios todas las buenas partes y gracias que de su mano hubiste»¹.

Prueba, y por cierto, evidentísima dió tan Católico Príncipe de su piedad y sentimientos de padre muy excelente en el día 11 de Setiembre, año de su gloriosa muerte, 1598. Porque habiendo en tal fecha entrado en la regia estancia como á despedirse de su augusto padre, hasta el Cielo, el Príncipe heredero con una de las Infantas sus hermanas, Doña Isabel Clara Eugenia, tuvo lugar una de las escenas más conmovedoras y cristianas que en tales casos suelen acaecer. Porque así el Rey como sus Altezas, llenos de raras virtudes y formados en el yunque de la fe y devoción, se comunicaron mutuamente los ardores de los corazones tan encendidos que los ojos fueron obligados á derramar abundancia de lágrimas². Con efecto;

¹ «Tu innumeras victorias ex hostibus Christi, rebus semper praeclare feliciterque gestis, reportasti: fecitque tibi Deus nomen adeo magnum, ut te Oriens Occidensque simul admirentur, et vel audito tantum Philippi nomine contremiscat gelidusque percurrat eorum ossa timor. Quid de religione et pietate tua ceterisque virtutibus dicam, quibus catholicum nomen ornasti ac semper decorasti? In tuas laudes excurrere licet velim et optem, tamen id non permittit epistolaris brevitatis, neque christiana tua modestia, omnia Deo accepta referens, eas audire sustineret.» *Apologiae Fidei*..... à Rev. P. Fratrem Christophoro à Capite Fontium. Epistola dedicatoria: Antuerpiae, 1576.

² «Viernes á onze dias de setiembre, el príncipe rey y Señor nuestro que oy es, y la serenísima infanta fueron á despedirse de Su Ma-

según testimonio de Doña Juana Iacincurt, camarera mayor de la susodicha Infanta, luego que esta señora acompañada de su augusto hermano D. Felipe III hubo entrado en la alcoba del Rey su padre y Señor, quiso decirle adiós hasta la eternidad pidiéndole la bendición. Y Su Majestad antes de dársela le dijo, que partía á la vida eterna con el sentimiento de no verla casada; pero que así y todo, le encargaba mucho continuar siendo tan virtuosa y obediente hija, como hasta entonces; que procurase en todo el aumento y la propagación de la fe católica en los estados que para tal fin le dejaba, confiando grandemente que así lo ejecutaría. Le añadió además que de su parte hiciese tal encargo á su primo luego que le viese. Su Alteza entonces, traspasada de dolor, tomó la mano de su augusto padre y se la besó y él, con el sentimiento que se deja comprender, se despidió de ella dándole la bendición ¹. Los historiado-

gestad, y recibir su bendición; que fue el acto de mayor sentimiento que se puede pensar por aver sido tan amados y queridos de su padre, por sus muchas y muy excelentes virtudes, y por su rara y ejemplar obediencia, que fué la mayor y mas notable que de muchos siglos atrás se ha oydo.» *Testimon. Autent.*, por Cervera de la Torre, pág. 118.

A pesar de estos testimonios los libros y escritores liberales han creído y enseñado que Felipe II desconoció por completo el arte de amar á sus semejantes. Mas los nuevos documentos, y muy singularmente la correspondencia con sus hijos desde Portugal, ya varias veces aquí citada, les han obligado á confesar que, con efecto, el Rey Prudente supo amar por manera tierna no ya á sus hijos, sino hasta á sus mismos criados. En prueba de lo cual no hay sino leer las citadas cartas que publicó Gachard, quien hablando de ellas en la *Introducción*, pág. 64 y 65, dice así: «Lo que cierto hará leer las cartas (del Rey), es la ternura que muestra á sus hijos, el interés que toma por su salud y por cuanto puede servirles de satisfacción; en una palabra, sus sentimientos paternales, desde el cual punto de vista, como notó ya Mr. Henry Trianon, estas cartas ofrecen y señalan un Felipe II enteramente nuevo.»

¹ «Se pone aquí á la letra lo que Doña Juana Iacincurt su camarera mayor, á instancia y suplicación mía, me embió por escrito, lo qual dize aver oydo á la dicha señora, aviéndoselo de propósito preguntado, y es del tenor siguiente: Quando la señora infanta y su hermano fueron á recibir la bendición y despedirse de Su Mag. le dixo: que pues no avía sido nuestro Señor servido, de que él la viesse casada antes que le llevasse, como lo avía deseado siempre, que le pedía se governasse como lo avía hecho hasta allí, y que procurasse de acrecentar la Fe en los

res que se van citando, y singularmente el P. Sigüenza que lo presencié todo, refieren asimismo las palabras que Su Majestad dirigió al Príncipe D. Felipe en aquella despedida postrera y tristísima. «Intención tuve, le dijo, de mandaros volver á Madrid con vuestra hermana y que no os halláredes presente á estos trabajos; después mudé parecer por esto... Ruégoos mucho que quando os viéredes en la felicidad y gloria de este mundo, os acordeis desta cama en que me veis y destos trapos, ataud y mortaja en que para toda la gloria del mundo: encomiándoos la obediencia á la Sede Apostólica, la defensión de la fe católica, el celo de la religión cristiana, la paz pública y justicia á vuestros vasallos» ¹.

A todo lo cual no hay sino añadir ahora con los testigos oculares que aquella gran piedad, compostura y decoro que tan continuadamente adornó á D. Felipe II se manifestó muy de lleno con admiración de todos, á la hora de la muerte; «y así murió como un varón santo, ca morir tan sereno, condición de justo es,» como testifica el citado Porreño ². Con harta razon, pues, los reinos de España celebrando las honras de su Monarca pudieron colocar sobre la tumba un epítafio latino que sus-

Estados que le dexava, pues ésto avía sido su principal intento en dárselos, esperando quella lo avía de hazer como lo dexava muy encargado, y que lo dixesse á su primo y se lo pidiese de su parte quando le viesse: y con ésto su alteza le besó la mano y Su Magestad le echó la bendición. Estas fueron las postreras palabras que le dixo, muy dignas de que aya memoria dellas, como de todo lo demás.» *Testim. Autent.* del licenciado Cervera, pág. 119. Fué mujer virtuosísima la Infanta Isabel á que se refiere la declaración, y quando falleció el Rey, estaba concertado su matrimonio con el Archiduque Alberto hasta entonces Cardenal. Bendijo este casamiento el Papa Clemente VIII en la catedral de Ferrara á 15 de Noviembre de 1598, siendo procurador representante de la augusta esposa el Duque de Sesa embajador de España entonces en Roma. Y allí mismo celebró aquel Papa con la bendición nupcial el matrimonio de Felipe III con la Archiduquesa Margarita igualmente por representación que tuvo al efecto el referido Archiduque. Véase Gachard, *Letres de Philippe II á ses filles les Infantes Isabelle et Catherine*, pág. 52: París, 1884.

¹ Porreño, *Dichos y Hechos*, pág. 16. Véase «Muerte del Rey» en la *Crónica del P. Sigüenza*.

² *Dichos y Hechos*, pág. 15.

tancialmente decía así: «A Felipe II de las Españas, Rey católico del Nuevo Mundo: superó la prudencia de sus mayores; les igualó en piedad; fué más poderoso que ellos; aumentó sus estados con militar industria; nadie fué tan paternal, tan pío, ni tan llorado con público llanto, ni tan ensalzado con sumos loores de amigos y de enemigos por todo el orbe ¹. No eran éstas las alabanzas que nunca se escatiman á los muertos; porque á Felipe II se las prodigaron aún vivo en muchas ocasiones. Y así, con efecto, en una muy solemne, la ciudad del Turia le apellidó «príncipe de entrambas (dos) Españas, héroe no menor que Carlos V su padre, lleno de celo, santidad y religión cristiana: primero entre los príncipes más prepotentes, señor de tan dilatados reinos que podía dar vuelta al mundo entero sin salirse de ellos; y en fin, que con su voluntad podía dar órdenes desde las Molucas en el Nuevo Mundo hasta Flandes en el Norte con dominio en toda la tierra bañada por el mar Tirreno ².

¹ «Philippo Secundo Hispaniarum, novi orbis regi catholico: qui maiores suos superavit prudentia: aequavit pietate: excelluit potentia, qui regnum ex asse relictum militari industria adacruit: cui nemo tam pater, tam pius nemo, á suis potest obitum publicis lacrimis summopere desideratus ab orbe ab ore omnium sive amicorum, sive inimicorum dicas, summis laudibus decantatus. Obit anno 1598.» Porreño, página 17.

2
«Cíñete, ¡oh sacro Turia! la cabeza
De yedra, juncos, arrayán y cañas,
Pues hacia ti sus pasos endereza,
El Príncipe de entrambas (dos) Españas.
Con la felicidad del padre empieza
Y no serán menores sus hazañas,
Christiana religión y santo celo
Que del famoso Emperador, su agüelo.
Mira á Filipe en número segundo,
Primero entre los príncipes más grandes,
Pues que dar puedes una vuelta al mundo,
Como toda su costa y reinos andes;
De las Molucas manda el Nuevo Mundo,
Volviendo para el Norte es suyo Flandes,
Junto al Estrecho de Hércules España
Y de allí lo que el mar Tirreno baña.»

Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelo-

IV.

SIGUE LA DICHA MATERIA.

No guardó para la hora tremenda de la muerte el Prudente Monarca los consejos que quiso dejar como legado sacro al Príncipe su hijo; sino que de muy atrás, sacándolos del fondo de su gran piedad, los conservaba escritos en papel particular que entregó antes de morir al confesor, con orden de ponerlo en manos del dicho Príncipe luego después que falleciese. En lo cual imitó el ejemplo de San Luis, Rey de Francia, que procedió de igual manera con su hijo, dándole reglas y consejos escritos para que los meditase y observase, conforme se puede ver en la vida del Santo Rey, compuesta por el caballero francés Iuan Señor de Junvilla ¹. Encargaba el católico Monarca al Príncipe D. Felipe III, el amor á Dios sobre todas las cosas, prefiriendo todo género de tormentos y aún la misma muerte antes que cometer un solo pecado mortal; y todo ello para lograr la salvación de su alma. Decíale que supiese sufrir con valor de héroe cualquier adversidad, considerando tenerla muy merecida; y que en sobreviniéndole cosas prósperas, las recibiese con humildad y reconocimiento de la gracia divina, sin envanecerse con aquello mismo que habrá de ser motivo para más humillarse. Le aconseja mucho frecuentar el Sacramento de la Penitencia, procurándose confesor sabio y santo y mostrándole tal respeto, que tenga libertad para reprenderle conforme fuere menester, y que por ningún motivo eche en olvido el Oficio Divino ². Por

na y Valencia, escrita por Henrique Cock, notario apostólico y Archero de la guardia del cuerpo real, publicada por Alfredo Morel Fatio y Antonio Rodriguez Villa; pág. 233 y 234; Madrid, 1870.

¹ Corre esta obra impresa y vertida en nuestro idioma ya desde el año 1567.

² He aquí el texto de los consejos que nos conservó íntegro Cervera de la Torre en su *Testimonio Auténtico*, tantas veces ya citado: «Procurad hijo mio de amar mucho á Dios; porque sin amarle nadie puede